

ó imitaciones de Horacio ofrecen el texto inteligible, claro y corriente como las mejores que poseemos en castellano; pero no el sabor característico, ni la rapidez en las transiciones, y la concisión fecunda del lenguaje, que son los distintivos eternos de la lírica horaciana. En la versión de las odas *Qualem ministrum...*, *Sic te Diva*, *Diffugere nives*, y lo mismo en las que no se citan aquí, abundan las reminiscencias de Herrera, de Rioja y de Meléndez, cuando no del mismo traductor; así que las odas de Horacio son para él como un tema convenido y tratado de nuevo, ó á lo más como un tesoro de imágenes del que copia ó suprime lo que le place ¹. Y sin embargo, Lista interpreta en ocasiones el original con un desembarazo y una gallardía admirables, siendo constantemente, y ya que no de fidelidad, un modelo de poesía fácil y espontánea. ¡Cuán superior no queda en esta parte á tantos horacianos perpetradores de versos sueltos y prosas rimadas, sin más arte ni más conocimientos que el diccionario de la Mitología!

Las obras de autores más accesibles que Horacio,

¹ Véase un ejemplo, y sea el principio de la oda III, libro I:

Sic te Diva potens Cypri
Sic fratres Helenæ, lucida sidera
Ventorumque regat pater
Obstrictis aliis, præter Japiga
Navis quæ tibi creditum
Debes Virgilium, finibus Atticis
Reddas incolumem precor
Et serves animæ dimidium meæ.

La versión de esta estrofa consta de tres versos más que en el original. Lo de *obstrictis aliis* (ventis) *præter Japiga*, está diluido en dos endecasílabos:

Y desatando el aura deliciosa
El padre de los vientos soberano,
Enfrene á los demás el vuelo insano...

A la expresión *finibus Atticis* corresponde la de *Cecropia arena*, que es equivalente cuando se sabe que Cecrops fundó á Atenas, pero que al fin se aparta de la de Horacio. Haciendo una comparación detenida, pueden notarse con facilidad otras adiciones y supresiones por el estilo en todo el curso de la oda.

como las *Geórgicas* de Mozinho de Albuquerque, algún fragmento de Delille y las canciones italianas del Tasso, nada pierden de su valor en manos de Lista, y hay sonetos del Petrarca que ganan, no vacilo en asegurarlo, al pasar del suyo al idioma de Castilla.

Los *Romances* forman la parte menos conocida de la colección, no porque dejen de competir con los mejores en su especie, sino porque la moda pastoril y erótica pasó definitivamente gracias al desenfadado abuso de sus cultivadores en el siglo XVIII. El dulce *Batilo* no se hubiera desdeñado de subscribir los romances de Lista, tan ricos de luz y colorido como los suyos; pero por los días en que éste cantaba con ingenuo candor las travesuras de Cupido, iban desterrándose de los confines del arte los entretenimientos pueriles para ceder el lugar á ideales más altos. La Arcadia á que perteneció *Anfriso* (nombre bucólico de nuestro poeta) no tardó en desaparecer, resultando igualmente anacrónicos su disfraz y sus almibaradas quejas. Reconciliándose por un instante con el mundo fantástico á que se refieren, ¿cómo no deleitarse con aquella vena inexhausta que en su reposado curso refleja el iris de los cielos, la diafanidad del espacio y las pompas de la naturaleza? En todo caso, cabe á D. Alberto Lista la gloria de haber protestado así contra los detractores del romance, que lo consideraban todavía por entonces como cosa de copleros, y en toda asonancia creían recordar aquello de *Caballo mio careto...* y *Santo Cristo de la Luz...*, muestras escogidas por burla en el *Arte de hablar*.

Lista, como poeta de verdad, abrazó una fe literaria, á que procuró mantenerse fiel y en la que estriba la unidad existente entre las producciones de su musa, aun las más desemejantes. «Pensar como Rioja y decir como Calderón» era su bello ideal; y respecto al primero, sólo se contentaba con ser un *discipulo aprovechado*, poniendo, sin duda, por encima

de sus canciones la estupenda *A las ruinas de Itálica* y la *Epístola moral*, perlas de que han privado á su corona los eruditos, aunque sobre la *Epístola* esté pendiente el litigio en la apreciación de muchos. La fórmula es hoy inexacta, y también antes del terrible descubrimiento, por lo que Lista debió sustituirla con otra más conforme á la verdad, y que, si no acertó á expresar gráficamente, observó en la práctica con sujeción estricta é inalterable. No fué Rioja su único modelo, sino en, general, los líricos de la escuela sevillana, de quienes tomó, y más directamente que de Calderón, el carácter de la forma poética, así en el organismo de la estrofa, como en la estructura del metro y la nitidez del lenguaje. No desdeñaba por sistema el fondo, pero tampoco ponía en darle novedad y transcendencia el término primario de sus afares. En sus mejores versos falta el material de la idea ó es de segunda mano, como ha podido advertirse. Por eso también, y mientras apreciaba en lo justo á Hernando de Herrera y sus secuaces, mientras comprendía en las obras ajenas é imitaba en las propias cuanto fuese ornamentación y gala exterior, sólo elogia á medias y con restricciones injustas el vuelo lírico de Fr. Luis de León en el tan sabido consejo:

Imitarás la suavidad sublime
Y candorosa de León, mas huye
Tal vez su tosco desaliño...

(*Epístola á D. Fernando de Rivas*)¹.

Lista entendía así las cosas, y no las entendía bien del todo, por extremar las consecuencias de una doc-

¹ El exclusivismo de Lista en los versos citados y en alguna otra ocasión, formaba parte del credo literario de la *Academia de Letras Humanas*. Confróntense, por vía de confirmación, las palabras de Reinoso cuando dice que en la «escuela clásica sevillana se muestran, ora la fuerza, ora la belleza de los pensamientos é imágenes, no mezcladas por lo común con el desaliño que á veces se encuentra en Garcilaso, ni con el desmayo y falta de sonoridad, no infrecuentes en León, ni expresadas con la sequedad de los Argensolas, ni manchadas con los extravíos de Góngora

trina verdadera hasta cierto punto, y por no estimar sino las dotes que él poseyó en muy alto grado. Entre las suyas descollaba, elevado á la categoría de instinto, el amor de la forma rítmica, que con ser tan esmerada, tan pulcra é hija del paciente estudio llegó de hábito á convertirse en naturaleza; y llevado en sus brazos, y quizá inconscientemente, realizó en una síntesis prodigiosa el difícilísimo concierto del artificio y la espontaneidad. Todo está simétricamente distribuído en las hechuras y recortes de la frase; en el repertorio del gusto y la memoria disponía Lista de las palabras convenientes para cada caso, y al engranar unas con otras en el verso, de tal modo se unen y mutuamente se resguardan, que no se puede suprimir una sin dar al traste con aquella construcción prolija de imágenes y sonidos. Por si no me explico bien, debo recordar aquí ejemplos elocuentes de expresión á un mismo tiempo redundante é insustituible; porque hasta las consonancias revisten la invariabilidad de una fórmula en los siguientes versos de Lista y en otros por el estilo, que nadie lee por primera vez sin aprenderlos de memoria y sin confesar que sólo de una manera se puede decir lo que ellos dicen:

...la ninfa del Adur vencida
Quiere aplacar con ruegos
la inexorable sombra de Cienfuegos.
.....
¡Ven! Termina la misera querella
De un pecho acongojado;
¡Imagen de la muerte! después de ella,
Eres el bien mayor del desgraciado.

y de Villegas, ni degradadas con el prosaísmo general de todos, sino enriquecidas con un estilo más fecundo y correcto, y una dicción más escogida y adornada, suelta y voluble á veces tanto como la de Lope, pero siempre más llena y rica, pero nunca debilitada por su incuria y vulgaridad, ni deslucida con la multitud de lunares que hacen insufrible la lectura de las más graves composiciones de aquel genio feraz, corrompido y abandonado». (*Diccionario geográfico de España y Portugal*, por Miñano, art. Sevilla (que es indudablemente de Reinoso), tomo VIII, pág. 256.)

Yo desafío al más diestro versificador á que supla aquí y en pasajes análogos rimas con rimas y unos términos por otros sin alterar esencialmente el carácter de esta poesía singular y de privilegio exclusivo, en la que, para colmo de extrañeza, suelen ser vulgares los conceptos y nada altisonante ni fascinadora la entonación. En suma: que los secretos con que Lista atrae el ánimo y sabe cautivar la atención suavemente, lo que constituye su manera de ser como artista y compensa sus resabios de amaneramiento é imitación, no han de buscarse sino en el dominio sereno y absoluto que ejerce sobre la palabra rítmica, realzada por él con tonos de luminosa transparencia, y en la facilidad con que ve y pinta, supliendo con las riquezas de ejecución la falta de inventiva creadora.

Hijo de Sevilla, y sacerdote también como casi todos sus compañeros, logró D. Félix José Reinoso (1772-1841) una reputación harto combatida y tempestuosa merced á algunas enemistades personales, cuyas últimas consecuencias acaso no han desaparecido completamente. Las feroces diatribas de D. Bartolomé José Gallardo contra el *abate endechero* (como él le llamó) han influído, á mi ver, en el desfavorable concepto que de Reinoso se forma por lo general, y del que me juzgo obligado á disentir en buena parte, aun cuando el número de sus obras poéticas es reducido, y más el de las que, salvando los límites de una época bastante apartada de nosotros, pueden interesarnos hoy y ofrecen probabilidades de resistir á la corriente del tiempo.

Merece colocarse en primer lugar el canto épico *La inocencia perdida*, premiado (1799) por la Academia sevillana, que lo antepuso á otro de Lista ¹ sobre el

¹ El de Reinoso fué elogiado por Quintana en las *Varietades de Ciencia, Literatura y Artes* (tomo III), pero con ciertas restricciones que merecieron una cortés y bien meditada respuesta por

mismo argumento. Contra éste y contra su mala elección se dirigen los más graves cargos por el recuerdo que necesariamente suscita de la epopeya de Milton; pero no sienta bien tanta estrechez de miras y tan caprichoso exclusivismo cuando se proclama á la vez como principio la libertad de inspiración, y sobre todo cuando el modestísimo intento del poeta español dista inconmensurablemente del grandioso cuadro que nos asombra en el poema inglés. Creer que una obra maestra de arte prohíbe las reproducciones en menor escala, ó que el asunto de *El Paraíso perdido* se agotó con él para siempre, es acotar sin razón los dominios, de suyo ilimitados, por donde puede espaciarse la fantasía.

Con más fundamento se censuran en el *canto* de Reinoso la falta de interés dramático, el descuido, en que no incurrió Lista, de hacer aborrecible á los ojos de Eva el aspecto del tentador, con lo cual resulta casi inverisímil la caída, y los imperdonables atrevimientos del lenguaje, que no han de atribuirse, sin embargo, á pobreza de rima, sino al ejemplo de Herrera, cuyos neologismos exceden en número á los de su imitador. No nos empeñemos en pedir á la composición de Reinoso cualidades que no caben dentro de su estructura y de su índole, sino admírense más bien los innumera-

parte de D. José María Blanco. El certamen á que he aludido en el texto se anunció el 8 de Diciembre de 1796, ofreciéndose como premio al mejor poema que se presentase un ejemplar del *Quijote*, y como *accésit* la traducción de *La Eneida* por Hernández de Velasco. Con la muerte de Forner, la Academia se vió privada de un árbitro competente que juzgara las composiciones recibidas, cuyos autores eran Lista y Reinoso, presidente el primero y secretario el otro de la Asociación. Ambos se dirigieron á Meléndez Valdés rogándole que aceptase por aquella vez el cargo de censor; pero la súplica no fué oída, como tampoco la que con el mismo objeto se elevó á la Academia Española; por lo que los académicos sevillanos, fuera de los dos contendientes, procedieron á votación en junta de 1.º de Diciembre de 1799. (Véase el *Archivo Hispalense, revista histórica, literaria y artística*, tomo II, 1886.)

bles primores descriptivos, lo numeroso y valiente de su versificación tratándose de octavas reales, y en aquellos días en que llegó á invadirlo todo el verso suelto; y si hay quien tache de rimador adocenado al poeta de *La inocencia perdida*, le recomendaremos la lectura de algunos fragmentos como el siguiente, en que se pinta á la primera mujer en el Paraíso:

Tal vez se llega quedo á la onda pura
Por saber lo que guarda el blanco seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno:
Ya en la frente del toro con blandura
La palma asienta; ya en el bosque ameno
Párase á oír la alondra, que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posa.

Quien así escribe (y cuenta que apenas decae el tono en el curso de la obra) bien merece, en vez de impertinentes reparos, el elogio que de él hizo Quintana á pesar de su antipatía hacia la inspiración religiosa. «La dicción es generalmente noble y escogida, el estilo animado y poético, los versos sonoros y armoniosos. Jamás la bella y difícil versificación de la octava se ha visto en estos últimos tiempos manejada tan superiormente...»

Las poesías sueltas de Reinoso adolecen de cierta sequedad filosófica que le ha perjudicado mucho en la opinión de cuantos por sólo ellas le juzgan, sin exceptuar las dos elegías en la muerte de Ceán Bermúdez y de D. Pedro Alcántara Sotelo. La primera dió pie á Gallardo para los sañudos ataques de un *Pasatiempo jovial*¹ con su correspondiente *Hijuela*, dictados más bien por el odio que por la equitativa justicia, y eso que es muy desagradable la combinación métrica adoptada por el autor. La segunda elegía es un arreglo de

¹ Publicado en el número 2.º de *El Crítico* (1835).

otra escrita y publicada mucho antes, *En la temprana muerte de Doris*¹; dato que basta para hacer estéticamente dudosa la sinceridad de los sentimientos que la animan. Si se descartan como inferiores los versos pastoriles y las odas sagradas y morales de Reinoso, le resta únicamente á su gloria la del primero y hermoso ensayo con que se anunció, y al que no debe perjudicar la falta de compañía².

Perdido como está el poema *Danilo*, de don José María Roldán, tan encomiado por sus compañeros de escuela, mencionaremos su robusta oda *A la resurrección del Señor*, en que la vehemencia del tono se confunde con el énfasis y la declamación inoportuna. A los ataques de D. Tomás González Carvajal contra esta poesía contestó Reinoso en una *Carta del capitán don Francisco Hidalgo Muñatones*, que no justificaba, ni podía hacerlo tampoco, algunos defectos evidentes especificados por el erudito censor. De Roldán se conservan otras composiciones á diferentes asuntos, dos sagradas y de mucho sabor bíblico, como las de su modelo Herrera.

Una versión esmerada y libre de *Las Bucólicas* de Virgilio constituye el mejor título de poeta que nos legó D. Félix María Hidalgo, autor asimismo de dos odas patrióticas sobre la guerra de la Independencia, no escasas de inspiración, aunque difusas y monóto-

¹ Nombre poético con que designó Reinoso á la esposa de su amigo D. Francisco López Castro.

² Es considerable el número de ediciones que ha tenido el poema *La inocencia perdida*: á la de 1804 precedió una furtiva desautorizada por Reinoso, y á ambas sigue alguna otra antes de la de 1845. Va incluido también en el tomo XXIX de la *Biblioteca de Autores Españoles*. El tomo I de las *Obras de D. Félix José Reinoso*, publicado por la *Sociedad de bibliófilos andaluces* (Sevilla, 1872), contiene todas las *Poesías* conocidas del autor, incluso el poema *La inocencia perdida*, y lleva al frente una larguísima *Vida de Reinoso* (CCXI páginas), ó más bien panegirico entusiasta por D. Antonio Martín Villa.

nas. La traducción de Virgilio (Sevilla, 1829) mereció ser incluida recientemente en la *Biblioteca clásica* del editor Navarro, entre las mejores castellanas de los autores griegos y latinos.

Don Francisco de Paula Castro pervirtió su numen poético con afectadas ternuras amorosas, empleando en su única obra notable (*Imperio del hombre sobre la naturaleza*) todas las contorsiones y novedades de expresión que los demás solían repartir á grandes intervalos.

Tenía entre sus amigos fama de igualmente desaliñado que sublime el presbítero D. Francisco de Paula Núñez y Díaz, hipotético *Píndaro del Cristianismo* en opinión de Lista; pero tal opinión era infundada á juzgar por los tres ó cuatro rasgos líricos *A la Inmaculada Concepción*, *Las ruinas de Itálica*, etc.

Si el *Romancero* de D. Manuel M. del Mármol ¹ no llevase al frente la fecha inequívoca de impresión, cualquiera lo tomaría por del siglo XVIII, pues entonces hubieran tenido los amores de Elisa y Fileno la oportunidad de que carecían en 1834. Mármol fué, con todo, un versificador entendido y apreciable.

Concluído el recuento de los principales poetas que dió á la literatura española el neoclasicismo de la escuela sevillana, hagamos constar el saludable influjo que á la larga ejercieron sus doctrinas así en la rehabilitación de los elementos estéticos del Cristianismo, como en los adelantos de la rima y en el glorioso vuelo con que había de elevarse la decaída majestad del verso castellano. Verdad que esta reacción cristiana no obedecía á un espíritu de convicción fervorosa, y que se aliaba en ocasiones con reminiscencias mitológicas del peor gusto imaginable; pero siempre era dar un

¹ Dos tomos (Sevilla, 1834).

paso en el buen camino y abrir brecha en el muro de las preocupaciones vigentes. Y en cuanto al puritanismo de la forma, bien pueden perdonarse á sus partidarios las culpas y deficiencias propias en obsequio á las innovaciones que feliz y resueltamente promovieron.

